

# **La bendición de creer y la maldición de saber en Inglaterra. (Fines del siglo XVI y principios del siglo XVII).**

Fernández García y María Marcela.

Cita:

Fernández García y María Marcela (2013). *La bendición de creer y la maldición de saber en Inglaterra. (Fines del siglo XVI y principios del siglo XVII)*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/122>

## **LA BENDICIÓN DE CREER Y LA MALDICIÓN DE SABER EN INGLATERRA. (FINES DEL SIGLO XVI Y PRINCIPIOS DEL SIGLO XVII)**

*Lic. María Marcela Fernández García.  
Universidad Nacional de Tucumán. Facultad de Filosofía y Letras. Historia Moderna.  
[mmfg07@gmail.com](mailto:mmfg07@gmail.com)*

La historia del conocimiento humano se encuentra vinculada a la historia de la creencia humana. Ambas fuerzas, la fe y el saber, siempre fueron sometidas a las ambiciones del poder. La fe investida de verdades seculares y el saber disfrazado de blasfemias mundanas y terrenales fueron condenados a vivir en constante rivalidad, cuando su origen y su fin siempre habitaron en el hombre mismo, ese ser inconmensurable y único que no se sacia solo con creer o con saber

Las controversias acerca del problema del conocimiento fueron desarrolladas en el ámbito de los intelectuales, pero estas se reflejaron y se difundieron en la sociedad inglesa. La diferencia entre quienes plantearon el problema y entre quienes asimilaban sus soluciones como propias fue, que mientras las esferas del Estado involucradas buscaban asir el poder para transformar a Inglaterra en el centro de un imperio universal, la sociedad inglesa en su mayoría buscaba saciar las ambiciones terrenales que crecían de acuerdo a las oportunidades que los nuevos descubrimientos, los nuevos inventos y la nueva religión les abrían.

Esta controversia está enmarcada temporalmente en los años del reinado de Isabel hasta los primeros años del reinado de Jacobo I. Las diferentes fuentes literarias utilizadas para este fin no fueron obras escritas para enfrentarse entre sí, sino que respondían a necesidades prácticas y espirituales de un período de transición, que no solo involucraban en sí, cambios en la nueva forma de entender el mundo y de proyectarse en él, sino que también vislumbraban un cambio al que se aproximaba la Inglaterra isabelina: el fin de la dinastía Tudor.

A mediados del siglo XV, la libertad despertó a la imaginación, la curiosidad alertó a la razón y la razón venció a los temores seculares que rompieron las cadenas de la sumisión medieval. El Renacimiento fue el tiempo en el que emanaron las corrientes subterráneas de saberes y prácticas ancestrales que atravesaron, no sin luchar, los siglos del dominio del cristianismo. El hombre occidental comenzaba a redescubrir sus raíces, pero ya no como un hombre pagano, sino como un cristiano. El cristianismo,

aunque fragmentado por la Reforma, continuó siendo ya en su diversidad de ortodoxia y disidencia, la trama donde comenzaría a escribirse la historia de un occidente moderno

El Renacimiento liberó las fuerzas antagónicas que lucharán por el poder terrenal y espiritual, cuando la Reforma Protestante y Católica provoquen la disolución de los principios y estructuras en los que se fundamentaba la cristiandad medieval y genere el proceso de formación de los estados confesionales modernos.

Las profundas críticas del Humanismo a la Iglesia, la llegada de nuevos saberes de la Antigüedad que poseían tanta autoridad como la Biblia, sumado a los intereses utilitaristas y políticos de papas, reyes y príncipes sembraron dudas, temores y carencias de principios y valores comunes entre los fieles. La universalidad cristiana se desvaneció y el vacío del poder político-religioso debía ser ocupado por nuevas autoridades que forjaran nuevos vínculos sociales para ser reconocidas legal y legítimamente.

Afirma Martínez Millán:

La pluralidad de iglesias, derivada de la Reforma, obligó a los príncipes a articular confesiones rígidas que definiesen la ortodoxia con el fin de saber su pertenencia a cada una de ellas. Tal proceso llevaba implícita la creación de nuevos organismos e instituciones para implantarlas. A este proceso (que se extiende durante la segunda mitad del siglo XVI y el siglo XVII) se le ha denominado confesionalización (Martínez Millán, 2011, pág. 133)

La explicación histórica de la construcción de los estados confesionales no debe limitarse sólo al estudio de la formación y ordenamiento de las instituciones políticas que permitieron su funcionamiento, sino también se debe extender a aquellos universos de creencias, sentimientos y saberes disímiles y múltiples que articulaban o disgregaban a las sociedades modernas y a los diferentes mecanismos del poder que se ejecutaron en su interior, para su disciplinamiento.

El objetivo de esta exposición es indagar en aquellos mundos del teatro y de la literatura, de las ciencias y de las creencias los valores y principios que se impusieron para lograr la disciplina social. Al mismo tiempo y en sincronía, se propone observar como los reyes articularon estos elementos para dominar y controlar dos dispositivos que fusionan a la sociedad: la transmisión de lo que se debe saber y de lo que se debe creer. Así se comprenderá porque los saberes renacentistas fueron demonizados tanto

por las religiones establecidas como por los estados en formación, y de qué forma respondieron científicos y literatos a la arremetida religiosa y estatal.

En este trabajo se consideraran los diferentes puntos de vistas de autores ingleses como Christopher Marlowe, Jacobo VI, rey de Escocia y futuro rey de Inglaterra, Francis Bacon y William Shakespeare. El análisis por medio de sus obras literarias nos permitirá observar como la argumentación no es solo religiosa o científica, sino que en sí abarca otros aspectos más fecundos, útiles y pragmáticos observando posturas contrapuestas que obedecen a las ambiciones de quienes desean alcanzar el poder de Inglaterra.

Para entender la importancia de las diferentes posiciones y las problemáticas que estas encerraron tomaré la metáfora de H. M Collins que dice así: “las creencias institucionalizadas sobre el mundo natural son como el barco en la botella, mientras que las controversias científicas nos ofrecen la oportunidad de ver que el barco fue una vez una pila de varillas y cuerdas, y que estuvo fuera de la botella alguna vez”. (Shaphi, 2005, pág. 34). Durante el Renacimiento inglés estas posiciones de demonizar el saber o de conciliarlo con la fe, trascendieron los ámbitos de la religión y la nueva ciencia para incorporar en ella el gran objetivo: el poder. De este modo a la interpretación de esta metáfora le agregaría algo más, no sólo era importante el por qué del barco en la botella o fuera de ella, o el origen del barco; sino también, quién era el capitán del barco, como lo conduciría y hacia dónde.

Durante el Renacimiento, la sociedad europea se reencontró con sus orígenes culturales: la filosofía griega, el derecho romano, y también con nuevos saberes, prácticas y tradiciones antiguas provenientes de Oriente y de Egipto como el hermetismo y la magia. Así, el hombre occidental comenzó a redescubrir su unidad esencial de saber y fe, de ciencia y religión, que abrieron nuevas oportunidades y elecciones. Al mismo tiempo, las monarquías europeas comenzaron a argumentar la legitimidad de su poder centralizado con explicaciones históricas, religiosas y filosóficas.

El nacimiento de la conciencia racional del hombre moderno, investido aún de religiosidad, generó los cambios de actitudes y de pensamientos, de su visión del pasado, de su presente y de sus proyectos futuros iniciando el camino utópico de sociedades reconstruidas para los hombres y por los hombres por medio del conocimiento y la técnica.

El conocimiento adquirió nueva significación. Conocer ya no fue lo mismo que creer, la verdad no se identificó sólo con Dios, la tierra ya no ocupó el centro del cielo solo una parte de él, igual o inferior a otros astros.

Una nueva racionalidad nació aún aturdida por las voces de los antiguos, de otros dioses, de desconocidos filósofos, de legados de viejas tradiciones, de prácticas mágicas, de saberes ocultos. La nueva racionalidad, espíritu de la modernidad, se abrió un desconocido camino entre lo antiguo y lo moderno. Los nuevos hombres no solo quisieron conocer a la naturaleza, sino también a Dios, y así poco a poco, el Dios invisible e incommensurable se naturalizó ante la mirada inquisidora de su criatura.

La magia, el hermetismo, la alquimia, la astrología, la cábala fueron el estímulo para experimentar y pensar el mundo en otras claves que no sean las divinas, sino simplemente humanas. El sabio renacentista se transfigura en el mago; ese camaleón (como lo define Pico de la Mirándola en su “Oración sobre la dignidad del hombre”) creado por Dios, que no le dio un lugar determinado en el mundo, sino la libertad para que a su gusto a su honra se forjara su destino.

El neoplatonismo renacentista ingresó a Inglaterra durante el reinado de Enrique VIII, cuando en su búsqueda por legitimar el divorcio con la reina Catalina fue asesorado por el teólogo veneciano Francesco Giorgi.

Inglaterra no sólo será receptora pasiva del neoplatonismo renacentista sino que la “revolución cultural” iniciada a mediados del siglo XVI creará el ámbito para el neoplatonismo se desarrolle.

En la segunda mitad del siglo XVI, no sólo la imprenta, sino también la puesta en escena de las obras de teatro de Shakespeare jugaron un papel fundamental, para la irradiación de estos saberes y prácticas. Pero fue la lectura de la Biblia la que engendró la revolución cultural. La necesidad de entender las Sagradas Escrituras y lograr la aproximación hacia Dios impulsó a los ingleses de los diversos grupos sociales a aprender a leer. La difusión de Biblias impresas, pequeñas y baratas hizo que muchos comerciantes, marineros, artesanos y sus familias se aproximaran a la lectura bíblica. Así fue como comenzó a desarrollarse una “revolución cultural con proporciones sin precedentes, cuyas consecuencias son difíciles de estimar completamente” (Hill, 1993, pág. 11). La posibilidad de leer el libro sagrado abrió el camino hacia nuevas lecturas y con ellas los ingleses descubrieron la importancia de la educación. La demanda en Inglaterra de libros científicos fue la mayor del continente, esto se debe a que no quedaba reducida su lectura a las elites intelectuales sino que los grupos medios de las

ciudades e inclusive algunos campesinos se volcaron a la lectura. La demanda de una educación sistematizada y práctica que ampliara los horizontes y resolviera las necesidades sociales impulsó a la fundación del Gresham College en 1597, escuela destinada a los burgueses que no hablaban latín. Este establecimiento, fundado por un comerciante, sirvió de ejemplo a otros que crearon la misma clase de escuelas destinadas a la educación en jóvenes y adultos lo que permitió que se produjeran transformaciones culturales profundas, no sólo en los hábitos, en los comportamientos, en las creencias y en los saberes, sino también en la posibilidad de criticar el presente, de exigir a sus monarcas y a sus gobiernos cambios.

Otra particularidad del renacimiento isabelino fue la herencia de la tradición matemática y experimental en la universidad de Oxford, implementada en el siglo XIII por Roger Bacon y Duns Scoto. Pero será la historia particular de la isla la que hundirá esta escuela identificándola como contraria al pensamiento ortodoxo, primero católico y después anglicano.

La tradición matemática y experimental continuó de modo silenciado y oculto entre profesores y alumnos de Oxford, pero cada vez más separados de la ortodoxia a la que la universidad se dirigió. Primero la devastación causada durante el largo período de la guerra de Las dos Rosas, después la Reforma de la iglesia anglicana durante el reinado de Enrique VIII, a lo que se suman los reinados contradictorios de Eduardo y María. Poco a poco, hizo que por generaciones el estar y permanecer al lado de las autoridades significara hacerse adicto a la corona.

Esta tradición platónica medieval que había dado fama a la conocida escuela de Oxford fue heredada por el grupo de ingleses que conformaban el círculo de Sídney donde su figura central fue John Dee.

Dee nació en 1527, en el seno de una familia de un dignatario de la corte de Enrique VII. Fue un sobresaliente matemático, astrólogo, astrónomo y alquimista, cuando la línea entre estos saberes aún no diferenciaban entre ciencia y magia. Su obra influyó en los avances de la navegación y de la técnica en Inglaterra. Poseía un laboratorio y la mayor biblioteca científica y matemática de Inglaterra y posiblemente una de las más completas de Europa. Esta biblioteca estaba a disposición de todos aquellos que se interesaran por instruirse. Dee formaba parte de lo que se conoció en aquellos días como el círculo de Sidney, un grupo de hombres pertenecientes a la corte isabelina. Sus figuras más destacadas fueron Robert Dudley, conde de Leiceter y favorito de la reina y su sobrino Sidney entre otros. También pertenecían burgueses,

intelectuales, historiadores. Lo más importante fue que no lo cerró al círculo de las elites a las que pertenecía, sino que también permitió el acceso a ella a los marineros y artesanos comunes. A su biblioteca recurrió la reina Isabel en busca de libros, que también se hizo asesorar por Dee en asuntos de ciencia, religión y astrología.

Dee escribió sobre navegación y almanaques, donde hizo una de las primeras referencias al heliocentrismo copernicano en Inglaterra. También intentó durante el reinado de María hacer comprender a la reina, la necesidad de descubrir y conservar manuscritos antiguos y de fundar una biblioteca nacional que los recopilara. Fue consultado, tanto por Eduardo VI como por Isabel I, sobre todo lo relacionado con la reforma anglicana.

La importancia para este trabajo es que Dee se encontró imbuido por el neoplatonismo renacentista, lo que demuestra que en Inglaterra, esta tradición renacentista hermética y cabalística fue conocida y tuvo gran incidencia no sólo en los grupos de las elites sino también entre mercaderes, artesanos, marineros y comerciantes.

El tinte particularmente inglés del siglo XVI que Dee le otorgó a sus investigaciones y estudios fue que sus conocimientos matemáticos y geométricos los aplicó en la práctica, y se convirtió en un importante cartógrafo y matemático que legó grandes avances técnicos a la navegación de su época. Su obsesión era hacer de Inglaterra un imperio poderoso y rico. Por tal motivo, lo más importante para él fue que enseñó y aconsejó a navegantes, artesanos y técnicos para cumplir con el destino de Inglaterra. Christopher Hill señala en su libro *Orígenes intelectuales de la Revolución Inglesa*, que

En el siglo XVI, gracias a la creciente importancia social del elemento industrial, a la invención de la imprenta y a la Reforma, empezaron a formularse nuevos sistemas de ideas que desafiaban los tradicionalmente aceptados. Y esto no ocurría sólo en el terreno de la teología, sino de la ciencia. (...) Los ingleses de clase media del siglo XVI, entre los que se había impulsado la alfabetización para que pudieran leer la Biblia, y que habían aprendido en escuelas fundadas por los comerciantes para liberar la enseñanza del control clerical, crecieron en un mundo confuso. (...) Mientras los intelectuales se hundían en la desesperación (...), nuestros comerciantes y artesanos, seguros de manejar objetos materiales y dedicados a la modernización de las instituciones sociales, buscaban una ideología. (...) se

dirigieron a la Iglesia (...). Se dirigieron en vano a las Universidades (**Hill C. , 1980, págs. 19,20,21,23**)

Esta larga cita de Hill es importante debido a que explica en cuales de los grupos sociales de la Inglaterra isabelina se estaban produciendo un cambio de ideas. Ideas que no surgen de la mera especulación o de las enseñanzas recibidas de los colegios o universidades, sino de la experiencia misma de un mundo en expansión de la cual eran agentes vitales.

Este mundo nuevo y netamente pragmático del inglés del siglo XVI era ávido de nuevas ideas, estas ideas se alimentaron de la práctica de los artesanos, comerciantes, marineros y mercaderes fueron alimentadas por hombres como Dee. En Inglaterra, antes de que Francis Bacon aclarara el camino de la ciencia, había comenzado una revolución cultural que provocaría cambios tan profundos en el modo de hacer, de sentir, de pensar, de creer de la sociedad inglesa que la preparó el camino para el revolucionario siglo XVII.

La figura de John Dee no se inscribió en la historia como un gran navegante, ni como un osado descubridor, no puede ser llamado científico en un mundo donde aún todo era confusión, pero en Inglaterra sin duda fue un pionero en cuanto a la visión de los cambios de sus tiempos. John Dee no se encerró en su laboratorio ni en su biblioteca, todos sus conocimientos los llevó a la práctica y los relacionó con la perspectiva puritana de la sagrada misión de Inglaterra en la constitución de un gran imperio cristiano.

Pero, esta ebullición de nuevos conocimientos y actitudes debían ser disciplinados

La reina Isabel supo neutralizar y equilibrar las diferentes fuerzas en puja en torno de las ambiciones de los particulares por el poder. Junto con sus colaboradores más leales construyó la imagen de una reina divinizada, escogida por Dios, para conducir a Inglaterra a la gloria prometida a su pueblo. Esta representación, ideada y difundida por los colaboradores y admiradores reales, intentó transformar a la reina en una mujer divinizada por su destino, digna de su cargo, para ser reconocida por reyes y súbditos. La deificación de Isabel buscó superar los prejuicios y los problemas sociales, culturales, religiosos y políticos que amenazaron continuamente su reinado.

Entre 1587 y 1588, se resolvieron dos graves problemas para Isabel. La ejecución de María Estuardo y la derrota de la Armada Invencible se fusionaron para consolidar la autoridad de la reina inglesa. La muerte de María era el fin de las pretensiones católicas de arrebatar el trono a la hija ilegítima y protestante de Ana Bolena. La victoria sobre la



Armada Invencible católica afianzó la representación de una reina virgen protestante que triunfa sobre la España católica de Felipe II. Isabel culmina su reinado con una Inglaterra consolidada en la línea de los reinos protestantes; y la identidad inglesa asume el protestantismo como un rasgo incuestionable.

En esta Inglaterra isabelina y renacentista, el fenómeno de la brujería se nutrió de las prácticas paganas y neoplatónicas renacentista, pero adoptó particularidades propias. El estereotipo de la bruja que se desprende de una construcción secular y que se describe en el *Malleus Malleficarum* (Martillo de las Brujas de 1486), no es la que las leyes inglesas castigan. Las creencias populares en Inglaterra diferenciaban la magia de la brujería.

En el continente, la brujería demonológica elaboró el estereotipo de brujas, vinculando una serie de elementos: el vuelo nocturno, las reuniones con el diablo donde se practicaban orgías y comían a niños cristianos, la metamorfosis y el más grave de todos, el pacto con el demonio, que obedecía a la conjuración entre Satán y las brujas para destruir a la sociedad cristiana.

En Inglaterra, este tipo de brujas no tiene relevancia. En 1563, la reina Isabel decreta un estatuto en el que ordenaba la pena de muerte para las brujas y los hechiceros. Esta ley consideraba felonía la invocación de los espíritus malignos para cualquier propósito, independiente del daño que pudiera provocar a personas o a sus propiedades. Así estos conjuradores eran castigados por la ley civil y no por la eclesiástica. A los individuos se los ahorcaba, no se los condenaba a la hoguera. La mayoría de estos acusados de brujería en Inglaterra eran mujeres ancianas que solían vivir solas. La iniciativa de los procesos judiciales comenzaban con la demanda de los vecinos, no por parte de los magistrados o autoridades religiosas como ocurría en el continente. La segunda manifestación de las creencias populares vinculadas con la brujería se relacionan con diversos personajes llamados *cunning-folk*, que Owen Davies los describe como “aquellos multifacéticos practicantes locales de la magia que prestaban sus servicios a su comunidad. Ayudaban a las personas en sus problemas cotidianos curaban enfermos y embrujados, adivinaban la fortuna, identificaban a ladrones, encontraban objetos perdidos, atraían el amor, o mantenían el amor de un esposo o esposa. Estos eran tolerados por la comunidad y hasta por las autoridades locales”. La astucia, vinculada con el engaño y la estafa, en algunos casos si fue castigada; aclarando que no se castigaba el ejercicio de la magia, sino la estafa o el engaño.

Por otro lado, las creencias populares diferenciaban a estos conjuradores, de aquellos que conocían las creencias místicas y herméticas que eran corrientes practicadas en los círculos intelectuales isabelinos, como el que lideraba John Dee.

Fue en esta Inglaterra renacentista donde nacieron Francis Bacon (1561-1626), Christopher Marlowe (1564-1592), William Shakespeare (1564-1626) y en Escocia, Jacobo Estuardo (1566-1625). Hacia fines del siglo, la situación general estaba cambiando, las viejas normas se desmoronaban, lo sagrado era marginado por lo secular, las imposturas intentaban ser reemplazadas por las nuevas verdades y, la isla británica que había comenzado el siglo con la dinastía Tudor, contemplaba como en los últimos años del reinado de su divinizada Isabel se desvanecía la continuidad de la monarquía y del reino como lo conocían.

En un período confuso, de gran debate político, religioso e identitario por parte de los ingleses, renace el teatro isabelino. Entre 1576, año de apertura del primer teatro y 1642, cuando los puritanos en el poder, cierran las salas debido a que consideraban una amenaza la libertad de expresión ejercitada en los tablados. Diferente al teatro italiano dirigido y disfrutado solo por los grupos privilegiados, en Inglaterra las obras de teatro eran presenciadas por el público compuesto por todas las clases sociales que encontraban en ella saciada no solo la diversión, sino también la información y las tendencias de sus tiempos. “Al teatro acudían todas las clases sociales y de todo se hablaba y criticaba: la escena era el foro nacional”. (Bregazzi, 1999, pág. 39) He aquí, la importancia que tuvieron las obras teatrales para la conformación de la identidad inglesa y el ideal de la monarquía debido a que eran el medio en el cual se conjugaban la divulgación de saberes, de principios, de anhelos, de ambiciones, en última instancia fue el modo de consensuar y difundir una ideología

En 1592, Christopher Marlowe escribió una obra maestra de teatro polémica: *La trágica historia de Dr. Fausto*. Marlowe fue una figura cuestionada de los tiempos isabelinos. Dramaturgo considerado como el primer gran autor del teatro inglés y el más importante de este período. Algunos biógrafos afirman que fue agente secreto del gobierno y que era amigo de importantes personalidades de la época. Marlowe era ateo, seguidor de Maquiavelo. En 1593 fue acusado de ateísmo, blasfemia, herejía; pero antes de ser juzgado murió, a los 29 años, apuñalado en una taberna. Las circunstancias de su muerte aún son un misterio.

El Fausto de Marlowe tiene diferentes interpretaciones. Algunos consideran que es una obra de reacción contra el neoplatonismo renacentista investido del clima de

persecución de la ortodoxia, católico y protestante, en la que se sumerge Europa a fines del siglo XVI y comienzos del siglo XVII. En realidad, en el juego de las interpretaciones consideraré la personalidad del autor y los tiempos que vivió. Christopher Marlowe desafió a las autoridades, a la religión, a las tendencias de su tiempo. Fue acusado de ateo y de homosexual. Era irreverente y despiadado. Pudo ser integrante de fraternidades neoplatónicas, como “la escuela de la noche”, compartiendo sus opiniones con curiosos científicos, matemáticos, alquímicos, cabalistas todos imbuidos en la búsqueda del conocimiento por medio de prácticas que comenzaban a ser perseguidas.

El Doctor Fausto de Marlowe representa el mago renacentista que aspira a la grandeza que las prácticas mágicas y el ocultismo harán posible, que sueña con el poder que da el conocimiento y que busca por este medio la transfiguración de su humanidad en divinidad, reencontrándose con su esencia originaria.

*“Estos libros nigrománticos vienen de los cielos;  
Líneas círculos, paisajes, letras, caracteres:  
Ah, son ellos lo que Fausto más desea.  
¡Oh, qué mundo de delicias y provecho,  
de poder, de honor, de omnipotencia  
se abre ante el artífice estudioso!  
Tendré a mis órdenes todo aquello que se mueve  
Entre los quietos polos. Emperadores y monarcas  
Sólo son acatados en sus contados feudos.  
No pueden refrenar el viento ni rasgar las nubes.  
Más el imperio de quien domina esto  
es tan vasto como la mente humana;  
un mago hábil es un semidiós” (Marlowe, 1998, pág. 58)*

Este mensaje que supone, que por medio de los saberes neoplatónicos se accede al poder, se oculta en tiempos de opresión religiosa y estatal, detrás de la demonología, que supone, según Stuart Clarck, un poderoso recurso al servicio de la ortodoxia para mantener o imponer ciertas normas a la sociedad. Así utilizada, la brujería debe ser interpretada en este universo isabelino y renacentista, que empieza a marchitarse, como un mundo donde se invierte la regla. La obra recrea la tensión entre lo bueno, lo

revelado y lo autorizado que es rechazado y sustituido por lo maligno, lo oculto y lo prohibido.

*“La Filosofía es oscura y detestable.  
La medicina y el Derecho, para mentes chatas.  
De todas la Teología es la más baja:  
Odiosa, rústica, vil y despreciable.  
Sólo la magia, la magia me fascina” (Marlowe,  
1998, pág. 61)*

En definitiva se trata de un hombre, que negando lo bueno y sabio, y entregando su eterna sumisión al mal y a los saberes ocultos, alcanza el poder de la divinidad, pero sólo por un tiempo limitado. Fausto se dice a sí mismo:

*“Bien Fausto, ¿te es necesario verte condenado?  
¿Y sin posible salvación?  
¿A qué pensar entonces en la Divinidad o el cielo?  
Librate de esfuerzos y vanas fantasías  
Descree de Dios y confía en Belcebú.  
No retrocedas. No, mantente firme,  
¿Por qué vacilas? Oh, algo dice en mis oídos  
que abjure de esta magia y regrese a Dios.  
Pero, ay, Fausto no regresará.  
¿A Dios? Si no lo ama.  
Él no tiene más Dios que su ambición,  
poseída por el amor a Belcebú” (Marlowe, 1998,  
pág. 81)*

Es la historia del hombre renacentista que se descubre como criatura finita y dubitativa que vive en un tiempo convulsionado y en una sociedad trastornada, que todo lo cuestiona. Fausto encarna al hombre que buscando su propio destino cambia su actitud sumisa ante las autoridades y saberes establecidos, por un actitud libre, capaz de realizarse plenamente a sí mismo por medio del conocimiento y la técnica. .

*“Cornelio*

*Los milagros operados por la magia*

*te apartarán de cualquier otra materia.*

*Quien es erudito en la ciencia de los astros,*

*Rico en lenguas, versado en minerales,*

*Conoce todos los principios que la magia requiere.*

*No dudes, Fausto, de que cobrarás renombre y en*

*busca de misterios serás más frecuentado*

*Que el oráculo de Delfos en su tiempo.*

*Dicen los espíritus que pueden secar el mar*

*Y rastrear los tesoros de buques naufragado.*

*Si, toda la riqueza que nuestros ancestros*

*escondieron en las robustas entrañas de la tierra.*

*Entonces, Fausto, dí: ¿qué más anhelamos?*

*Fausto*

*¡Nada Cornelio! Oh, como se me enciende el alma”*

**(Marlowe, 1998, pág. 63)**

El resto de la obra narra cómo Fausto ostenta su poder. Atraviesa la tierra y todo en ella le obedece. Se encuentra con reyes, emperadores y Papas, a todos los desafía y los engaña. Disfruta de todos los placeres de los hombres, el vino y las mujeres. Vive la vida plenamente reconocido por todos como el más sabio y poderoso.

Fausto es el Adán hermético, el Adán del Pico de la Mirándola que contrasta con el Adán mosaico. La reconciliación entre ambos quedará en manos de Francis Bacon, pero aún no era su tiempo.

Dios creó a Adán del polvo de la tierra, pero cuando intentó comer del fruto del conocimiento, ése fue el pecado de desobediencia por el que fue expulsado del Edén. El Fausto, el Adán hermético es descrito por Frances Yates así.

El Pimander, primer tratado del *Corpus Hermeticum* hace el relato de la creación del hombre. (...) El segundo acto creador del Verbo los elemento de la naturaleza, es la creación de los cielos, o más particularmente de los Siete Gobernadores o planetas (...). Después siguió la creación del hombre, que cuando vio la creación que el demiurgo había realizado...deseó hacer

también hacer una obra, y el Padre le dio permiso para hacerlo. Habiendo entrado así en la esfera demiúrgica en la que tenía plenos poderes, los Gobernadores se enamoraron del hombre y cada uno le dio una parte de su gobierno (...). El hombre hermético también cae, pero una vez que es regenerado, vuelve a la comunión mágico-religiosa con la divinidad, recuperando sus poderes sobre la naturaleza. (Yates, 2002, págs. 336,337)

Fausto, puede ser entendido como el brujo de los tratados demonológicos, pero también puede ocultar este otro significado, el hermético-cabalístico. En el primer caso, realiza un trato con el diablo quien asume un papel activo en la realidad y acciona en el mundo por medio del poseído ostentando todos los poderes diabólicos. Pero, también puede personificar al mago renacentista que mediante la práctica de la magia, la artes adivinatorias, la alquimia, la cábala y otros saberes renacentistas le permiten por el medio del conocimiento captar y conocer la realidad, para dominar la naturaleza y cumplir con el mandato divino que procurará la felicidad de su criatura.

Pero en realidad, en un ambiente de persecuciones contra estas prácticas, era necesario maldecir estos saberes demonizándolos. La obra de Marlowe que iba a ser presentada en público, repetidas veces, no podía contradecir a las autoridades estatales y laicas. Marlowe concluye la maldición de los saberes con la muerte de Fausto. En las últimas escenas dice así:

*“Fausto*

*Les vendí (a los demonios) el alma a cambio de mi  
sabiduría.*

*Ángel Bueno*

*Has perdido la felicidad del cielo,  
Gozos inefables, regocijo ilimitado.*

*Si te hubieras aplicado a la dulce teología*

*El diablo y el infierno habrían sido estériles (...)*

*Fausto*

*Ah, Fausto,*

*Una breve hora de vida es todo tu tesoro;  
luego serás condenado eternamente (...)*

*Vendrá el diablo y Fausto será precipitado (...)*

*Ah, treparé hasta mi Señor, (...) Cristo mío (...)*

*Suéltame Lucifer (...)*

*El reloj da las doce (...)*

*¡No vengas Lucifer!*

*Quemaré mis libros (...)*

*Estudiante.*

*Mirad, aquí está el cuerpo de Fausto:*

*Despedazado por la garra de la muerte.*

*Los demonios que veneró lo han destrozado (...)*

*Epilogo*

*Fausto ya no está. Considerad su demoníaca caída,*

*y que su destino infortunado exhorte a los juiciosos*

*a ser cautos en estos ilícitos asuntos*

*cuyo misterio impele a los talentos temerarios*

*a practicar más de lo que el cielo nos consiente.”*

**(Marlowe, 1998, págs. 204,208,210,213,214)**

La obra de Marlowe parecía predecir el final de John Dee, el mago isabelino, consejero de la reina.

Entre 1583 y 1589, John Dee abandonó Inglaterra para dirigirse al continente, en una empresa misionera, según Frances Yates. Otros historiadores dicen que como un enviado secreto de la reina Isabel para traer información de los avances de la navegación de los Países Bajos. Estuvo en Polonia, Praga, Bohemia. Su objetivo fue llevar a cabo un movimiento reformista no dogmático, sino una reforma completa social, religiosa y filosófica. El lenguaje común para comprender, para conocer y para creer sería la tradición hermética y cabalística. Este proyecto como no era propio de John Dee, sino compartido por todos los cabalistas que observaban una reforma en el saber y creer de occidente. La reforma celestial, religiosa, filosófica, social y política que los renacentistas neoplatónicos quisieron legar a Europa no se realizó. La paulatina consolidación de los reinos que se transformaban en estado modernos confesionales,

con poder centralizado y el espíritu del Concilio de Trento se mancomunaron para hacer de esta reforma algo imposible. Un imposible que se transformó en la utopía de los filósofos, en la ciencia de los librepensadores, en los estados confesionales de los reyes, obispos y ministros protestantes. Las huellas del neoplatonismo renacentista que conjugó, la cábala, el hermetismo, el pitagorismo, la magia, la alquimia, la astrología, la medicina natural tendría dos destinos diferentes a seguir que se bifurcaron a comienzos del siglo XVII. Por un lado, el saber racional, ya sea experimental o especulativo tomaría el camino de la revolución científica y por otro lado, los saberes ocultos del espíritu reformista se sintetizarían en el movimiento de los rosacruces del siglo XVII, último vestigio de la identidad racional investida aún de magia, que sería avasallado después de largas disputas intelectuales por los hacedores de la Revolución Científica.

“Al ir avanzando el siglo llegaron años oscuros, y la oposición ortodoxia a la filosofía oculta renacentista creció (...). Las esperanzas de unidad no se materializaron, sino que la división se acentuó por la Reforma y la reacción católica”. (**Yates, La Filosofía oculta en la época isabelina, 2000, pág. 104**) Todo había cambiado en pocas décadas. El universo limitado de las observaciones copernicanas habían conducido al universo infinito de Nicolás de Cusa y Giordano Bruno. El hombre criatura se había convertido en creador de lo que él dispusiera ser y hacer. El cosmos inalterable e inmóvil se transmutó en un cosmos corruptible, causa y motivo de los cambios. Las leyes divinas y eternas se desvanecieron en leyes humanas y naturales descifradas con los nuevos símbolos, como el número. El hombre era capaz de todo, hasta de dominar las fuerzas de la Naturaleza. En ella todos los misterios, todos los milagros se hicieron explicables por medio de la razón y la experiencia. Así las hadas, los hechiceros, las brujas, los profetas fueron tan reales como los nuevos descubrimientos de tierras y pueblos, de planetas y de cometas, de nuevos mares, ríos y océanos. .

Cuando Dee regresó a Inglaterra en 1589, ya los tiempos de la magia, el hermetismo y la cábala habían cambiado. Cuando se retiró de Inglaterra contaba con un círculo de hombres influyentes en la corte isabelina, entre ellos el conde de Leicester. Mientras Dee viajaba por Europa, el conde perdió la bendición de la reina ante sus fracasos por extender el imperio británico en el continente europeo. Murió en 1588. La reina recibió a Dee en cuanto llegó a Inglaterra, pero ya nunca pudo recuperar el lugar de privilegio que tuvo. Durante sus últimos años fue marginado por la sociedad que lo tildaban de hechicero. No contaba ya con alguien influyente que lo defendiera y al morir Isabel en 1603, Jacobo I no era una buena señal. John Dee murió en 1608. En los



últimos años de su vida sumida en la más profunda pobreza vendió poco a poco todos los libros de su biblioteca y los instrumentos de su laboratorio. Así su nombre quedó inscripto en la historia de la magia, la astrología y las ciencias ocultas. Pero todo se explica a partir del devenir de los cambios sociales, culturales, políticos, sociales y religiosos que se aceleraron en este siglo.

Jacobo I era un rey erudito. Realizó traducciones, escribió poesías, meditaciones y comentarios sobre las Sagradas Escrituras, libros de teoría política, de economía y discursos para el Parlamento. En 1597, antes de acceder al trono inglés, publicó una obra llamada *Demonologie*, libro en el cual condenaba la brujería y la magia. La demonología era un área del conocimiento que formaba parte de la Teología. También, en este período era un género literario escrito por importantes intelectuales interesados en el problema de la brujería. Estos libros eran utilizados por el poder de los estados y de las iglesias para orientar e instruir las prácticas de las sociedades modernas, debido a la difusión de la magia y otras prácticas ocultistas prohibidas. Apasionado y letrado en teología y religión, ambas definiciones, abarcan la obra del rey. Siguiendo esta misma línea de purificar las costumbres de su pueblo y difundir la religión protestante, ya siendo rey de Inglaterra ordenó la traducción y la publicación de la Biblia al inglés, utilizando como fuente la traducción de Tyndale. Esta Biblia, que lleva su nombre, la Biblia del rey Jacobo, continúa hoy siendo la oficial en la Iglesia Anglicana.

Su reinado fue, en algunos aspectos, la continuidad de la Era de Oro de la literatura isabelina. El rey patrocinó y contribuyó a la prolongación del esplendor cultural. Se destacaron las publicaciones de sir Francis Bacon, de Ben Johnson, de John Donne y también de William Shakespeare.

Su obra *Demonologie*, fue muy leída durante el tardío Renacimiento inglés. En ella, Jacobo describe como el demonio actúa sobre algunos hombres, que por curiosidad y por ambición fueron tentados, esclavizados y condenados al infierno para toda la eternidad. Estos hombres fueron los magos. Jacobo se expresó así:

*“El efecto del contrato [entre el diablo y el mago] consiste en dos cosas: en los conjuros y en los efectos. (...) el contacto debe ser mutuo, primero por el conjuro, el Diablo le obliga a ver el infierno dentro de él mismo, y por los efectos, con argucia, enseguece su espíritu. La calidad de los conjuros y de los efectos dependerá de las habilidades y las artes del mago. (...)*

*A la mayoría le obliga a entrar en el cuerpo de los muertos, a salir de guía de diversas preguntas, (...) de asuntos relacionados con el estado, y sobre otras grandes cuestiones. (...)pero ellos (los magos) abusan de simplicidad, (...) y, aún así, se transforman en eruditos. (...)Imprimen su opinión para muchos Príncipes, Duques y Reyes acerca de las artes y las ciencias de la tierra. (...)*

*Ellos no se dan cuenta de la gravedad de su caída, Cuando les llegue el turno ellos caerán en la prisión del infierno para siempre. (...).*

*Satanás les confiesa a los más grandes magos, maravillosamente curiosos, las artes y ciencias (...) Llevarán conocimientos a cualquier parte del mundo con la agilidad del espíritu para revelar los secretos de cualquier persona, de cualquier palabra y de los pensamientos” (Estuardo, 1597, págs. 20,21,22)*

En esta cita lo primero que observamos es la postura del futuro rey de Inglaterra en contra de la magia tan difundida durante el siglo XVI y XVII en Europa. No marca la diferencia entre hechiceros o brujos y los *cunnig-folk*, propios de Inglaterra, aunque no la desconoció, en todo caso, como creyente y erudito asimiló ambas a la brujería, sin considerar las diferencias que las creencias populares inglesas distinguían. En la obra involucra todos los elementos conocidos y estigmatizados por la corriente tridentina que había esbozado el estereotipo de las brujas: el pacto entre el demonio y un espíritu curioso y maravillado por las artes y las ciencias, el engaño, el infierno eterno como condena, la metamorfosis, el dominio sobre las acciones y los pensamientos de los hombres. Otro elemento que no debe pasar por alto es la relación que Jacobo marca entre los magos y las esferas de poder. Según el autor, príncipes, duques y reyes fueron engañados por los saberes de los magos. Ésta sin dudas, fue una clara mención a las relaciones estrechas que la reina Isabel tuvo con John Dee.

La posición de Jacobo con respecto a las brujas y a la magia fue clara. Desencadenó una de las cazas de brujas más importantes de su tiempo en Escocia. Pero más adelante, su postura cambió, pues la intolerancia se transformó en menoscabo cuando la magia solo le pareció resultado de la ignorancia y la superstición.

Cuando Jacobo I ocupó el trono inglés, no sólo procuró reproducir el poder que la reina poseía, sino que se proclamó heredero de toda la simbología que la investía. Pero Jacobo, rey de una Britania unida, visiblemente más poderosa, abrigaba profundas diferencias y temores con la realización del ideal imperial isabelina.

La idea imperial isabelina podría dividirse en dos objetivos como parte de un mismo proyecto: la solución moral de una paz religiosa fundada en la religión reformada y en un fin político utilitario de expansión sobre el nuevo mundo acompañado con el desarrollo del saber pragmático de sus tiempos. Jacobo deseaba la expansión territorial para demostrar la superioridad de su reino, pero sin enfrentarse a los poderes hispanos católicos porque les temía. Esta actitud política se plasmó en la actitud de tolerancia y de neutralidad de Inglaterra durante la Guerra de los Treinta Años, que nunca agredió directamente a España

La agresión explícita y la declaración de enemistad con el imperio español católico, realizada por Isabel no tuvieron continuidad con la nueva dinastía, quien por el contrario buscó sellar una alianza pacífica con un matrimonio para su hijo Enrique. La negativa provino por parte del heredero, que rechazó la unión, pues él pretendía continuar el camino de Isabel. Los isabelinos sobrevivientes como Walter Raleigh, John Dee, Francis Bacon y el mismo William Shakespeare “estaban muy conscientes del cambio de matriz ocurrido”. **(Yates, Las últimas obras de Shakespeare: una nueva interpretación, 2001, pág. 31)** ¿Por qué algunos de ellos como Walter Raleigh o John Dee cayeron en desgracia y otros como Francis Bacon y William Shakespeare no?

Una respuesta posible sería que Jacobo I permitió la circulación de las obras teatrales de Shakespeare y las obras científicas y utópicas de Francis Bacon porque éstas difundían sólo una parte de la ideología isabelina que el rey compartía. Una respuesta posible sería que Jacobo I permitió la circulación de las obras teatrales de Shakespeare y las obras científicas y utópicas de Francis Bacon porque éstas propagaban sólo una parte de la ideología isabelina que el rey compartía.

William Shakespeare, publicó La Tempestad, su última obra en 1611; fecha significativa porque “decidió glorificar a John Dee, hito de la época isabelina, que había sido estigmatizado y casi desterrado por Jacobo.

Shakespeare creó una tempestad. La borrasca, los fuertes vientos, la cerrazón del agua, la bruma impedían ver con claridad hacia donde se dirige la nave de las víctimas de Próspero. Se descubre repentinamente la tranquilidad como el remanso de la

salvación, la única esperanza ante la angustia de la muerte: la isla. El tiempo se detiene y reina la confusión por la magia y los encantamientos que embriagan el ambiente.

Próspero, el mago y principal personaje de la obra, es traicionado por su hermano que le usurpa su ducado de Milán. Su poder terrenal y su linaje no se comparaba con el de ningún otro, pero su auténtico tesoro era el saber. Shakespeare lo describe así con las palabras de Próspero:

*“Mi linaje era sin igual, y ninguno podía compararse conmigo en el conocimiento de las artes liberales, cuyo estudio me absorbía (...)y aplicado a las ciencias ocultas (...)olvidando así las cosas de este mundo, enfrascado en mi retiro (...) ocupado en enriquecer mi mente con la que era a mis ojos muy superior al saber popular desperté un diabólico instinto en mi hermano” (Shakespeare, 1964, pág. 2024)*

El origen de las desgracias de Próspero era el conocimiento, pero al final de la obra el saber lo salva y lo restituye en el lugar perdido: el del poder. En la obra la magia de Próspero recorre un camino que la enaltece. Abandona lentamente sus fines malignos y se transforma en un saber utilitario con fines benévolos. Este camino fue el que recorrió la magia como premisa de la ciencia nueva que despuntaba en la isla británica.

La magia shakesperiana juega aquí un doble papel, por un lado como sinónimo de la nueva ciencia y de la técnica que permitieron de la mano del saber la conquista del poder de la isla; y por otro lado, como reivindicación de la magia isabelina, encarnada en Dee. La isla fue presentada como un mundo mágico, en la cual después de la tempestad se subvierten todas las jerarquías, todos los valores, todos los principios según la voluntad de quien todo lo domina: Próspero. La isla conquistada era su mágica morada, todos le obedecían. Cuando Próspero llegó en ella habitaban una bruja Sycorax, dueña de la isla, su hijo Calibán y Ariel el espíritu del viento condenado por Sycorax a vivir prisionero en la oscuridad de un árbol.

Los personajes de la obra fueron creados por Shakespeare para que respondan a sus propósitos. Sycorax, representa a la hechicería que era rechazada por el ideal isabelino. La magia de Dee enfrentó a los sortilegios de los brujos malignos. Próspero

con su saber y su poder resuelve el problema final: mata a Sycorax, esclaviza a su hijo Calibán y libera a Ariel de la oscuridad de su prisión.

El enfrentamiento de Próspero y Sycorax puede interpretarse como la continuidad de las controversias entre un saber, que aún investido de magia, conducía por un camino tortuoso a la ciencia; contra el mal de los ciegos prejuicios de la ortodoxia política o religiosa que se negaba a ver la utilidad del saber científico para beneficio de las sociedades.

Cuando el mago isabelino y su hija llegaron a la isla, lo hicieron desprovistos de armas o de cualquier técnica que posibilitara el dominio de esas tierras violentamente, solo poseían los libros y el saber mágico de Próspero que fueron suficientes para conquistarla y someterla. Shakespeare conjuga así la erudición y la magia, quizás buscando sintetizar, en su personaje el reflejo de la erudición de Jacobo y la magia de Dee.

Pero el último de los autores isabelinos que analizaré es Francis Bacon quien cumplió un papel fundamental en la historia de la ciencia al lograr: la conciliación entre religión y ciencia, entre la fe y el saber, que era imperiosa. El saber había sido maldecido durante la historia del occidente cristiano. Francis Bacon inició su proyecto científico cambiando la significación de la ciencia que había sido desacreditada y menospreciada por los teólogos, quienes durante siglos afirmaron que:

“(...) el conocimiento fue la tentación y el pecado original del y que con él sobrevino su caída; que el conocimiento lleva en sí algo de la serpiente y que, cuando penetra en el hombre lo hace engreído (...)” (Bacon, 1984, pág. 104)

Esta asociación entre el pecado original y el saber de los hombres debía ser superada sin caer en la tentación de que por enaltecer al saber se descalificara a la religión.

La interpretación divulgada por la Iglesia se naturalizó y se transformó en un entramado de conceptos y actitudes que dirigió y condujo la vida de las sociedades europeas esencialmente cristianizadas. Pero la lectura individual de La Biblia permitió al contacto directo del hombre común a la palabra divina, que sin intermediarios, ésta cobraría nuevas significaciones. Una nueva interpretación del Génesis en el momento de la Creación desencadenó la posibilidad de unificar los dos grandes poderes

antagónicos: el del saber y el del creer, entre el Adán hermético y el Adán mosaico. Dos pasajes de las Sagradas Escrituras son los que analizo para entender la proyección moderna de la nueva interpretación del libro sagrado.

En el primero observo la influencia en la interpretación de Bacon de la herencia del hermetismo que había inculcado en occidente la creencia de una nueva imagen del Dios creador. El Dios creador de todo lo que existe en la tierra y en los cielos es un Ser generoso que creó al hombre a su imagen y semejanza dotándolo de vida y también de conocimiento.

La interpretación renacentista de Dios descubrió que en el momento de la creación otorgó al hombre la luz de la razón.

El primer pasaje bíblico que mencionó Bacon es el siguiente:

“Entonces, Yavé formó al hombre con polvo de la tierra, y sopló en sus narices aliento de vida, y lo hizo un ser viviente”  
(Moises, 1972, pág. 13)

La interpretación realizada por Bacon acerca de este pasaje la realiza en una de sus obras cuando comienza a describir el conocimiento humano; literalmente explica su origen divino así:

“Llegamos a la Ciencia del alma humana, de sus tesoros surgen las demás ciencias. Consta de dos partes: la una trata del alma racional, que es divina; la otra, del alma irracional, que nos es común con los animales. (...), las notables diferencias que distinguen a estas dos emanaciones, que se manifiestan de manera tan sensible en el momento de su creación: la una tiene su origen en el soplo divino y la otra en la matriz de los elementos: pues es este el lenguaje de las Escrituras, cuando habla de la generación original del alma racional: “Formó al hombre del barro de la tierra e inspiró en su rostro un soplo de vida”. (...)Formó el cuerpo del hombre del barro, es decir al hombre en su integridad, a excepción del soplo divino” (Bacon, 1984, pág. 246)

La lógica que despierta en hombres como Bacon, la suma de hechos históricos concretos y el ambiente intelectual de una época permiten utilizar nuevos argumentos filosóficos o religiosos para conciliar la capacidad de conocer del hombre con el mismo origen divino que la de creer. La razón que siempre había sido interpretada como signo de condena adversaria de la fe se convertía en otro don divino. En un espíritu receptor de todos los cambios de su época la presencia en Inglaterra de corrientes herméticas pudieron inspirar e influir a Bacon para ver en el momento de la creación la presencia divina cuando Dios al darle la vida al hombre también le regala el conocimiento.

El reencuentro del hombre pleno de razón haciendo uso del conocimiento que el mismo Dios le obsequió en la Creación y la imagen y presencia de un Dios, dador de conocimiento trastocan la imagen divina y también la humana.

Así la criatura humana comenzó una nueva relación con el mundo que Dios creó para él. Por medio del conocimiento humano se atrapa la posibilidad de develar el estudio de las obras y de las criaturas de Dios, el hombre tiene la posibilidad de recuperar en este mundo y durante su vida el lugar perdido en el paraíso, cumpliendo la palabra de Dios después de la creación:

“Y creó Dios al hombre a su imagen. (...)Macho y hembra los creó. Dios los bendijo, diciéndoles: sean fecundos y multiplíquense. Llenen la tierra y sométanla” (Moises, 1972, pág. 14)

Bacon asume así no sólo una base religiosa que justifica el conocimiento del hombre sobre todo lo creado, sino que también restaura el poder que tenía la humanidad sobre la naturaleza.

Esta reconciliación fue necesaria por entender que el saber debía ser reconocido, en una sociedad esencialmente religiosa como una nueva fuerza que no era contraria al plan divino, sino que el saber cumplía con el mandato divino de someter todo lo creado y abrir el camino a la ciencia. Bacon observó que en la Inglaterra jacobina, era imperiosa esta conciliación para imponer su proyecto científico sin que fuera contrario, no sólo a los prejuicios religiosos, sino también a los reales.

Continuamente, a lo largo de toda su obra Bacon apuntó que el poder de un reino dependía de la difusión del saber, por lo que considera fundamental que todo rey no debía dudar en impartir educación a su pueblo. Él afirmó:

“Vemos que la dignidad de quien manda está de acuerdo con la dignidad del mandato: tener mando sobre las bestias (...) es cosa despreciable; tener mando sobre niños, (...) es asunto de poco honor, tener mando sobre galeotes es más descrédito que honra. Ni es (...) mejor el mando que ejercen los tiranos sobre pueblos que han dejado a un lado el decoro de sus inteligencias. (...) el dominio sobre el conocimiento es todavía más importante que el dominio sobre la voluntad; porque equivale al dominio sobre la razón, creencia y comprensión del hombre, que es lo más elevado en la inteligencia, ya que rige, con sus leyes, a la propia voluntad. Pues no hay poder en la superficie de la tierra que levante su trono o su sillón de mando en el espíritu y alma de los hombres, y en sus pensamientos, imaginaciones, opiniones y creencias, como no sea el poder del conocimiento y la enseñanza” (Bacon, 1984, pág. 168)

Francis Bacon fue un político y sabio isabelino que comprendió las complejas tramas de su tiempo. Defensor de la nueva ciencia, basada en la técnica, en la experimentación y en la observación se enfrentó contra las imposturas religiosas y neoplatónicas entre las que estaba la magia, la alquimia, la astrología y la matemática. Pero Bacon supo alagar los oídos de su rey, para imponer su proyecto científico ampliando las fronteras del saber para beneficio del reino británico. Lo que el canciller Bacon propuso fue lo que hizo John Dee en los tiempos isabelinos, utilizar toda la nueva ciencia renacentista al servicio del fortalecimiento del imperio británico. La ciencia como sinónimo del saber se transformó en los nuevos caminos que condujeron al poder. Bacon lo expresó así en la obra *Novum Organum* publicada durante el reinado de Jacobo:

*“Por otra parte calcúlese cuán gran diferencia media entre la vida de un hombre de un país, el más culto de Europa y la del de una región la más salvaje y bárbara de la Nueva India, y concluirá que distan tanto entre sí que con razón pudiera decirse que el hombre es Dios para el hombre, (...) Y esto no es obra del*



*suelo, del cielo ni de la raza, sino de las artes” (Bacon, Novum Organum, 2003, pág. 174)*

Bacon entendió claramente que el saber, liberado de las imposturas, engendraba progreso, el progreso, riqueza, y ambas riqueza y progreso generaban poder.

### ***Referencias bibliográficas***

- Bacon, F. (1984). *Del adelanto y progreso de las ciencias*. Mexico: Jun Pablos Editores.
- Bacon, F. (2003). *Novum Organum*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Bregazzi, J. (1999). *Shakespeare y el teatro isabelino*. Madrid: Editorial Alianza.
- Estuardo, J. (1597). *Deamonologie*. Edimburgo.
- Hill, C. (1980). *Orígenes intelectuales de la Revolución Inglesa*. Barcelona: Critica.
- Hill, C. (1993). *The English Bible and the seventeenth-century revolution*. London: Penguin Books England.
- Marlowe, C. (1998). *La trágica historia del Dr. Fausto*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Martinez Millán, J. (2011). *Religion, Política y Tolerancia en la Europa Moderna*. Madrid: Polifermo.
- Moises. (1972). *Génesis. La Biblia*. México: Ediciones Paulinas.
- Shakespeare, W. (1964). *La Tempestad. Obras completas de William Shakespeare*. Madrid: Aguilar.
- Shaphi, S. S. (2005). *El Leviathan y la bomba del vacío. Hobbes, Boyle y la vida experimental*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Varios. (1972). *La Biblia. Genesis*. Madrid: Ediciones Paulinas.
- Yates, F. (2002). *Ensayos reunidos, III. Ideas e ideales del Renacimiento en el norte de Europa*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.
- Yates, F. (2000). *La Filosofía oculta en la época isabelina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Yates, F. (2001). *Las últimas obras de Shakespeare: una nueva interpretación*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.

